

PRIMER PREMIO PROSA ADULTOS 2017

AUTOR: JUAN ALBERTO PUYANA DOMÍNGUEZ. SAN ROQUE (CÁDIZ)

TÍTULO: “ LA MUERTE PINTA LIENZOS EN TINTA Y ALBERO”

PSEUDÓNIMO: SANTAMARÍA

Madrid, 11 de mayo de 1801.

Don Francisco de Goya y Lucientes, pintor de cámara de la corte de Carlos IV, Rey de España, llega hasta el salón de su casa en el número quince de la calle de Valverde palmatoria en mano, con la frente perlada por el sudor y signos de sofoco. A lo largo de sus cincuenta y cinco años ha contemplado escenas horribles, muchas de ellas plasmadas en sus lienzos. Pero esa misma tarde ha asistido a un momento que no podrá olvidar en lo que le queda de vida.

Su esposa Josefa duerme con profundidad desde hace un buen rato, y no se ha percatado de su presencia.

Con nerviosismo, abre el cajón de una vieja alacena de roble y agarra una hoja de cobre barnizado, buril, punta seca, aguafuerte y tinta. Remanga su blanca camisa hasta los codos y frota sus manos entre sí, como si con gesto fuese capaz de llamar a los dioses del arte para acompañar su trabajo. Extiende la lámina sobre la matriz de madera de un escritorio y toma asiento en una banqueta frente a ella. Se sirve una generosa copa de vino y suspira mientras rememora lo acontecido horas antes. Su boca busca con fruición el sorbo carmesí capaz de aplacar no su sed, sino su angustia, y seca la comisura de los labios tras su ansioso primer sorbo con el dorso de su mano, sin apartar la vista ni un solo instante de la matriz que aguarda paciente sobre la mesa de trabajo. Tras unos segundos toma sus instrumentos entre los dedos y comienza su tarea.

Sus trazos parecen difusos al principio, pero el boceto comienza a tomar forma entre sus manos y frente a sus ojos mientras su respiración, aún agitada y convulsa, se convierte en el único sonido audible pese a su pertinaz sordera, mientras la punta del buril va rasgando con sutileza la lisa superficie del barniz creando figuras de la nada.

La jornada anterior, pasado el mediodía, Goya asistía al aperitivo servido en casa de los Duques de Osuna, donde se congregaba buena parte de la alta sociedad madrileña. Departía entre los presentes con justificadas reservas sobre diferentes acontecimientos políticos, e incluso se permitía, dada la amistad que le unía a la duquesa María Josefa Pimentel, acompañar del brazo a ésta con el lógico consentimiento del duque que veía en este gesto del pintor más un motivo de orgullo que de ofensa.

Entre los muchos invitados y contertulios de Goya, personalidades de las artes y de las ciencias, a alguno de los cuales le unía una amistad fraguada a fuego a lo largo de años.

Se disponía don Francisco a degustar una copa de vino tinto junto al empresario Bartolomé Sureda, cuando una mano palmoteó su hombro desde su espalda de materia indecorosa.

Goya se giró dispuesto a demandar el respeto oportuno, pero su mirada -muy de vez en cuando sombría y meditabunda- se iluminó de pleno al contemplar al sujeto que llamaba su atención de manera tan impertinente.

-¡Pepe Hillo...maestro! -exclamó mientras estrechaba con fuerza la mano del famoso torero de Sevilla.

-Paco Goya...mi gran amigo.

Vestía el sevillano una rica casaca negra con bordados en oro que cubría una camisa blanca con chorreras, las cuales asomaban entre las solapas, y calzones hasta las rodillas de color marrón. Unos elegantes zapatos negros con una gran hebilla dorada remataban una indumentaria rica, aunque no excesiva, sin duda apropiada para eventos a los cuales el conocido torero tenía costumbre asistir desde hacía años. Aun así, aunque las ropas de Pepe Hillo no tenían nada que envidiar a las del resto de invitados, se intuía una diferencia considerable al fino traje de Goya, de ricos paños franceses, pero de una elegancia sobria y oscura a la vez.

-No me llame Paco ante este público, si no es molestia-repuso el pintor susurrándole al oído con media sonrisa, mientras miraba a un lado y otro comprobando si algún oído indeseable se había percatado de la familiaridad de trato entre ambos.

-Disculpe, don Francisco...-repuso aquel recalcando el trato de cortesía para no llamar a equívocos-ya sabe vuestra merced que la rutina a veces juega malas pasadas, incluso en los lugares menos oportunos.

-Queda usted disculpado, faltaría más. Le he visto torear, por cierto, en la matutina con su maestría y arrojo habitual...

-Se hace lo que se puede, amigo mío...si bien el último morlaco me tumbó de manera indecorosa en el suelo de una mala embestida.

-Lo vi, es cierto,,,-rió por lo bajo con jocosa malicia Goya queriendo quitar hierro al revolvón sufrido por Pepe Hillo-nada grave, por lo que puedo observar. Se conserva vuestra merced de una sola pieza.

-Magulladuras, golpes... y una puntada en el muslo-dijo el torero al tiempo que apartaba con discreción la casaca para descubrir un aparatoso vendaje- Nada que no alivie una buena cura y unas friegas de aceite de romero en los músculos golpeados.

-Cuidese, maestro. Que la suerte a veces es esquivada y ya no está usted en edades mozas.

-Me ofende, don Francisco... sepa vuestra merced que esta misma tarde torearé en vespertina en la Puerta de Alcalá y con idéntica fortaleza que cuando tenía veinte años, téngalo por seguro.

Don Francisco enarcó sus pobladas cejas con sorpresa mientras sorbía un trago de su copa.

-¿Bromea? Ningún torero estaría en condiciones de lidiar con esa herida en la pierna- añadió señalando el muslo del diestro con su mano libre.

-Olvida, mi querido amigo, que no soy "un torero"... soy Pepe Hillo-respondió aquel con arrogancia impostada y cierto deje de complicidad.

Ambos intercambiaron miradas desafiantes que desembocaron en sinceras risas tras unos segundos que parecieron eternos. Esta vez fue Goya quién palmoteó de manera amistosa el hombro del torero, justo antes de que éste pidiese una copa de vino para seguir departiendo con el pintor mientras caminaban entre el resto de invitados por los Duques de Osuna.

-No he olvidado, don Francisco, que nos debemos un favor mutuo desde hace tiempo- continuó el sevillano.

-Entienda que son muchas las tareas y encargos que se acumulan en mi estudio... le ruego refresque una memoria que ya cobija rincones donde crecen las telarañas.

-Me comentó su merced hace tiempo que estaba realizando un trabajo dedicado a ilustrar diferentes lances del toreo. En su día me ofrecí a servirle de modelo para sus pinturas... y aún estoy esperando su invitación. Me enoja saber que algún otro torero como Pedro Romero- Pepe Hillo arruga la nariz en un divertido gesto del asco al nombrar al torero rondeño- ya forma parte de su obra y yo, siendo amigo personal suyo, no disfruto del mismo privilegio y consideración.

-Entiendo su malestar y le ruego disculpe mi olvido, maestro. Si han sido otros los matadores que posaron ante mis pinceles, le aseguro que se debe a simple casualidad o a encargos bien remunerados e imposibles de rechazar. Le propongo algo. ¿Tendría usted inconveniente en que yo fuera a presenciar la lidia de la tarde y allí bocetar en la mente alguno de sus pases? He sido invitado por la reina María Luisa a presenciar el espectáculo junto a sus doncellas en el palco.

-Para mi sería un placer y un honor tener a Goya, el más excelso pintor de la historia, entre los asistentes... Prometo dejar en su retina, como bien merece la ocasión, lances para la eternidad. Además, ante tan ilustre y real presencia me veo obligado a dejar impronta y gallardía a espuelas.

-No tengo la menor duda, amigo mio... -contestó el pintor a la vez que de manera sutil tocaba con su copa la del torero, brindando por su amistad y por el arte de ambos-... y ahora, si me lo permite, sería menester que vuelva a ofrecer mi brazo a la señora duquesa. No quisiera ofenderla con mi ausencia.

-Al contrario, don Francisco. De hecho, le ruego me lleve ante ella para agradecerle el honor de su invitación a este aperitivo.

-Con sumo gusto, maestro.

II

Las sombras de la noche inundan calles y soportales, introduciéndose indiscretas escalera arriba hasta el estudio de Francisco de Goya, rodeándolo y permitiendo tan sólo el dulce tintinear de la llama de una vela como única luz en el recinto.

La punta del buril descama múltiples fragmentos pequeños de barniz, diminutos como astillas, que el pintor aparta sin prestar atención en ellos a veces en el dorso de su velluda mano, a veces con vigorosos soplidos que dejan la matriz libre de aquellas inoportunas virutas de imperfección. Su copa de vino, vaciada ya hasta su mitad, se agita con ligereza con los movimientos del maestro, cimbrando el líquido que parece escapar del sutil abrazo de vidrio que lo encierra.

Ante sus ojos, percutiendo el mango del punzón con un pequeño martillo, esboza el cuerpo

de un animal imponente, astifino, de porte noble pero a su vez amenazante, peligroso... mortal. Yergue testuz cabeceando hacia arriba, como si pretendiese atacar que estuviese prendido en el aire, apoyándose tan solo sobre sus cuartos traseros, mostrando poder y letalidad.

Goya suspira mientras el recuerdo de lo vivido vuelve a repetir la escena en su cabeza una y otra vez... una y otra vez... una y otra vez.

Oye los gritos de terror del público, siente de nuevo el vello erizarse bajo su camisa, el corazón golpear con fuerza en la garganta y la sangre helarse en sus venas. Cree vislumbrar de nuevo la figura de la Parca deslizarse silenciosa pisando el albero con firmeza y tomar forma de animal astado. Viene a cobrarse la vida de un hombre... viene a reclamar el alma de un valiente.

El viejo coso de la Puerta de Alcalá bullía en todos los rincones de su graderío a la espera de la corrida. Los palcos, adornados con flores y guirnaldas, se encontraban ya repletos de altas personalidades que ahuyentaban el sofocante calor a golpe de abanico y pañuelo. Cercanos al pie del redondel, por el contrario, se agrupaban los majos de Madrid -luciendo madroñeras sobre sus cabellos y bellos chalecos bordados- que, ante la presencia de damas que protegían sus pieles níveas con sombrillas de seda y encaje, se pavoneaban bravucones mostrando sus mejores artes de seducción entre bufonadas y galanteos de unos y otros. Las majas ocultaban sus risas burlonas tras el refugio de los abanicos entre confesiones de amores secretos y furtivas noches de pasión con nobles de la Corte.

Desde el palco, Francisco de Goya comentaba con los Duques de Osuna conversaciones informales mantenidas con distintas personalidades aquella mañana. De hecho Pepe Hillo, protagonista en el cartel de la tarde, ocupó buena parte del diálogo mezclando actualidad taurina con viejas vivencias del pinto con el matador sevillano.

A la llegada de la reina saludó el respetable con vítores y aplausos, salvo un grupo de indecentes majos que aprovechó el nuevo foco de atención para deslizarse sus manos bajo enaguas y corpiños, ganándose besos y bofetones a partes iguales.

Goya, en pie, descubrió su testa del tricornio saludando la llegada de doña María Luisa con educado fervor. La reina correspondía el gesto al pintor con una leve sonrisa y un ligero asentimiento de cabeza, en gratitud. La guardia que la escoltaba se distribuyó alrededor de la reina y sus damas, incluyendo a Goya y los Duques de Osuna dentro del círculo de protección de los soldados.

Los tambores redoblaron y sonaron los clarines para recibir a los tres toreros protagonistas: Antonio de los santos, José Romero-el hermano de Pedro, rival rondeño del torero sevillano- y un Pepe Hillo que, a diferencia de sus compañeros de cartel, arrastraba más público en Madrid debido a su arrojo frente al toro; estilo que algunos tachaban de demente y sin sentido, propio de alguien que más pareciera estar enamorado de la muerte que de la vida.

Vestía el maestro un traje color morado-ribeteado en un dorado a juego con su fajín-, compuesto por casaca y pantalones ajustados hasta debajo de las rodilla, enseñando las calzas blancas y unos zapatos negros de hebilla ancha.

Sus cabellos estaban sujetos por una madroñera negra y su cabeza, cubierta por un sobrio

tricornio negro sin ornamentos.

Paseaba por el albero con la mano derecha acomodada dentro de la casaca, tocándose el pecho en aquel lugar donde, con seguridad, habitaba un corazón ya desbocado por la emoción de un evento al que había acudido la reina en persona, atraída sin duda por su celeberrima leyenda torera.

La corrida de vespertina era esperada por el público en Madrid debido a la fama que precedía a los astados de Rodríguez Sanjuán, de Peñaranda de Bracamonte, animales bravos y de imponente figura que se habían ganado justa fama en todo el reino.

Pepe Hillo tomó el centro del albero y se descubrió tricornio en mano saludando al público y brindando solemne su actuación en particular a doña María Luisa, reina de España, quién agradeció el gesto al maestro con sincero ademán.

El redoble de tambores anunciaba la salida del primer toro, al que recibió el propio maestro sevillano con su conocida serie de filigranas y recortes que puso en pie al público; no pudo evitar el diestro mirar de reojo hacia el palco principal buscando la complicidad, no de su reina, sino de quien se sentaba a pocos metros de ella y estaba destinado a inmortalizarlo en alguna de sus obras, don Francisco de Goya.

El pintor por su parte, apoyaba en sus rodillas un trozo de papel verjurado sobre el que deslizaba carboncillo con el bocetar esos primeros lances del torero.

La líneas eran ligeras, apenas una sucesión de figuras geométricas donde una cabeza era un círculo y un torso un rectángulo. Su intención era plasmar la escena; ya tendría tiempo de entrar en detalles.

El maestro Hillo afrontaba la suerte suprema provocando el murmullo del público al desprenderse con valentía de la muleta y sujetar en su mano zurda el reloj de su padre, aquel que marcaba la hora de su muerte, y el cual utilizaba a veces el maestro para confundir al toro.

Con el instrumento en vilo, el diestro levantó el estoque a la altura de sus ojos dirigiendo su punta hacia el lomo del morlaco y, tras invitarlo a seguir su reloj de bolsillo, acabó con su vida dejando una estocada limpia en todo lo alto que terminaba por rendir las querencias del respetable hacia su persona.

“¡La suerte del reloj! ¡Ha hecho la suerte del reloj!”, exclamaban algunos de los presentes con sorpresa y admiración hacia ese lance exclusivo del sevillano.

Ahora eran sus compañeros de cartel, De los Santos y Romero, los que debían continuar con la fiesta y hacerse acreedores de los aplausos, mientras él refrescaba el gznate con el agua de un botijo tras haberse ganado un merecido descanso.

Así se sucedieron uno tras otros los lances de los tres toreros hasta que llegó el séptimo de la tarde, tercero para el maestro de Sevilla y de nombre Barbudo, un ejemplar de talla enorme, negro zaíno y corniabierto.

El maestro Hillo se manejó con menos garbo debido al cansancio acumulado y a las punzadas que sentía en la palpitante herida de su muslo, que se abrió a consecuencia de sus evoluciones sobre el albero. Consciente de los deslucido de su faena y decidido a tornar el murmullo general en nuevos vítores, el matador se arrimó al hacer dos pases naturales y una de pecho en la que Barbudo rozaba por tres veces la pierna del maestro... hasta que lo enganchó por el

pernil izquierdo del pantalón y, de una súbita izada, proyectaba el cuerpo de Pepe Hillo por encima de su espalda, precipitándolo hacia el albero. El sevillano había caído en mala posición sobre su cabeza, perdiendo el conocimiento al instante, bocarriba.

Indefenso y sin escapatoria posible, el maestro fue presa fácil para un Barbudo que hundía uno de los pitones en su estómago, tiñendo el dorado del fajín de escarlata. Luego levantó en vilo a Pepe Hillo, herido grave, lanzándolo al aire y recibéndolo de nuevo con el asta que esta vez se hundía y seccionaba órganos vitales, mientras el toro cabeceaba a un lado y otro, zarandeando al torero como si fuese un muñeco de trapo.

El destrozo que provocó el animal fue severo; se perforaron hígado e intestinos y se rompieron costillas y vértebras haciendo del todo imposible restañar las heridas.

Juan López, uno de los picadores, cargaba con el caballo arremetiendo con violencia contra la bestia, lanceándola hasta apartarla del cuerpo inerte del maestro con el que aún se ensañaba sin descanso, segundos antes. La vida de Barbudo acabó tras ser atravesado por varias lanzas, mientras unos majos que habían saltado al albero de manera espontánea, agarraron el cuerpo de Pepe Hillo apartándolo de la vista de un público horrorizado tras presenciar, hasta entonces, la cogida más espeluznante de la historia.

Francisco de Goya permanecía boquiabierto, carboncillo en mano, sin dar crédito a lo que la vista le transmitía. Su amigo Pepe Hillo, jovial, alegre, bromista... leyenda del toreo, yacía en brazos de unos desconocidos que trataban a duras penas de taponar una herida de la cual se derramaba a golpe de hemorragia la vida del matador.

Epílogo

Javier de Goya y Bayeu arriba a la casa de sus padres en la calle de Valverde, de amanecida. Su madre Josefa lo espera con gesto preocupado y lo besa en las manos y en las mejillas al verlo aparecer en el umbral de su puerta.

-No ha dormido en toda la noche, me temo... -explica a su hijo, mientras éste se desprende del sombrero de copa y la casaca, subiendo sin descanso las escaleras hasta el estudio de don Francisco.

Golpea con los nudillos la puerta esperando respuesta con prudencia, mas nadie responde. Tras girar el pomo y abrir despacio, descubre en el centro de la estancia a su padre dormido sobre la mesa de trabajo, sentado en la banqueta; sobre el tablero, una copa caída y el poco contenido que quedara de ella, formando un pequeño charco sobre la madera del suelo. A pocos centímetros de su cabeza asoma una matriz, y sobre ella, buril y mazo. La vela de la palmatoria que le acompañó durante la noche se ha consumido al completo y apenas queda rastro de cera que atestigüe su silenciosa labor.

Javier toca el hombro de don Francisco tratando de arrancarlo del sueño-

-Padre... Padre, soy yo, Javier...

Don Francisco levanta quejumbroso el rostro mostrando unos ojos enrojecidos enmarcados en dos profundas ojeras. Al fin se incorpora, despeinado y entumecido, y dedica una tierna sonrisa a su hijo.

-¿Te llegaron noticias de Pepe Hillo, hijo?

-No se habla otra cosa en todo Madrid... según los galenos de la plaza de toros, el maestro perdió la vida casi al instante. Debió ser espantoso.

-Tu imaginación no alcanzaría si quisiera a hacerse una idea, Javier. He visto muchas muertes a lo largo de mi vida, mas ninguna como ésta.

El joven toma la hoja de cobre en sus manos y le regala un último y vigoroso soplido que la despeja de impurezas. Observa ante sí al toro levantando la testa y a Pepe Hillo en volandas cabeza abajo, mientras un grupo de hombres acude a socorrerlo y el picador galopa lanza en ristre en pos del animal.

Javier de Goya lleva toda su vida estudiando pintura, y de hecho el propio don Francisco considera que tiene dotes para tal arte. Por este conocimiento, llega a ser consciente del increíble valor del trabajo que acaba de realizar su padre durante toda la madrugada, más aun teniendo en consideración que la escena narra la muerte de un amigo cercano. Su mente de artista imagina el trabajo final una vez se haya aplicado el aguafuerte, se entinte y se preñe sobre alguna hoja.

-Permítame padre, aunque no sea quizás el mejor momento para decirlo debido a las circunstancias del fallecimiento de Pepe Hillo... el grabado es... ¡fascinante!

Una triste sonrisa asoma los labios de don Francisco, quien se levanta y contempla su obra sin pestañear, por encima de los ojos de su hijo.

-Hubiera deseado no pintarlo, Javier... -responde con la mirada fija en la escena.

-Pero gracias a usted que este trágico suceso quedará en la memoria para siempre. Al fin, Pepe Hillo ha sido inmortalizado por las manos de don Francisco de Goya -responde aquel con irónica melancolía.

-Sea pues... Considerémoslo mi homenaje póstumo al gran maestro. La obra que siempre deseé y que nunca llegará a contemplar a menos que lo haga desde el cielo en compañía del Altísimo.

-Obras como ésta, padre, me convencen de que no existe ni ha existido pintor capaz de plasmar la tragedia con la maestría que lo hace usted...

Don Francisco abotona de nuevo los puños de su camisa y, mirando a los ojos de su hijo, contesta.

-Te equivocas, pues hay manos mejores para esos menesteres... la muerte misma pinta lienzos en tinta y albero, como yo mismo pude contemplar en la vespertina de ayer.

-La nueva colección de grabados taurinos gana una pieza artística de gran valor con esta escena, padre.

Don Francisco toma la hoja de cobre en sus manos y camina hasta un viejo arcón cerrado con llave, la cual gira para abrir su pesada tapa. Luego deposita el futuro grabado en el fondo junto a otras obras, y cierra de nuevo el arcón.

-No, hijo mío. Esta hoja más que una pieza de arte es un desahogo de un alma apuñalada por la tristeza y la impotencia de ver morir a un amigo. Su lugar no es ninguna pared, sino allí donde se esconde lo más profundo de mi intimidad. Y ahora pongámonos en marcha... unámonos al dolor de Madrid y despedamos al maestro como se merece.

-A la iglesia de San Ginés, pues...

Padre e hijo abandonan dejando en la estancia la fragancia de la cera quemada, mezclado con el aroma del vino derramado y del dolor por la pérdida de un ser querido.

Y en el fondo del arcón, arrinconado para la vista del mundo, la imagen del gran Pepe Hillo desde los ojos y las diestras manos de su amigo don Francisco de Goya, pintor de reyes, no solo de tronos y cortes, sino también de plazas de albero.